

# C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

## heraldo veraniego

**Y**O no sé si los mosquitos de ahora se han beneficiado de los adelantos de la astronáutica, lo cierto es que, en los primores del verano resultan de una velocidad centelleante. Los hay que actúan en picado, con tal decisión que llegan a eliminar el sonoro presagio de sí mismos, que era, tal vez, su único factor vulnerable. Son mosquitos auténticamente supersónicos, como cumple a esta época. Llegan hasta nosotros sin que podamos precavernos. Los mosquitos de estas latitudes creemos que han logrado ya sobrevivir a la invención del detergente, del mismo modo que los cohetes y los aviones de hoy se han vuelto invulnerables al disparo antiaéreo. Los diminutos volátiles han dejado de ser unos insectos para convertirse en auténticas, aunque diminutas, fortalezas volantes. ¡Malhaya del sueño de esos colosos llamados hombres, cuando una diminuta fuerza inaprensible se cierne a su alrededor! Más nos valiera —y más nos vale— permanecer en vigilia. Así hemos pasado toda la noche antes de sufrir la abolladura y los escozores de un duermevela demoledor.

El mosquito es azote de las noches. Las infinitas precauciones que antaño, en nuestra niñez, se tomaban contra los parásitos y contra los insectos son casi todas ellas innecesarias, hoy, salvo para el mosquito. Recordamos el horror de las madres de familia, en los años veinte y hasta poco antes de nuestra guerra, ante los parásitos de toda especie, que eran fauna en continuo acecho en ciertos estamentos. Había un día a la semana dedicado a un baldeo absoluto, con apertura total de ventanas, tanto en invierno como en verano y sacudida, en el terrado, de alfombras, cortinajes, colgaduras, colchones y visillos de toda especie. Todo quedaba zarandeado, para que en cualquier instante se pudiera afirmar que la casa estaba huera de huéspedes. En lo que corresponde a nuestra individualidad personal, los niños quedábamos sometidos a las más duras pruebas, desde el pase de un peine espeso —instrumento éste que ha quedado eliminado, según creemos, en esta época— hasta el rapado más romo de nuestras cabezas, para garantizar la completa y esteparia esterilidad de esta zona. Mantener limpia de bichos una casa y todos sus habitantes, era labor ardua y hasta heroica. Todo ello ha pasado hoy a la historia, puesto que ninguna de las especies animales contra las que la lucha se practicaba ha sobrevivido a la batalla. Ninguna, menos la del mosquito.

Llevamos ya muchos años presenciando la rotunda guerra que se organiza para la eliminación de mosquitos, contra la cual se han potenciado toda clase de medios y nosotros volveremos a adoptar el anacrónico y proustiano instrumento de contención llamado mosquitero, que

fue el que nos aisló de los mosquitos en los tiempos en que nuestro sueño fue más reposante, más libre y más entero; en aquella etapa de la vida, por desgracia tan fugaz, en que coincidían el frescor de la almohada con esperanzadoras y hermosas imágenes. La malla rosada del mosquitero nos dejaba ver, al despertar, la luz del sol filtrado en los postigos, que estaba lleno de rumor campestre. Se oía una acequia cercana y el trino de unos pájaros; y nos parece ahora que toda la naturaleza ha quedado diluida para nosotros, al levantarse el día, en una nube transparente de color rosa que es, sencillamente, el tamiz de un mosquitero lejano y fluctuante.

Naturalmente que para que el mosquitero cumpliera cabalmente su misión aisladora era preciso poseer uno de esos sueños totales de niño, sin rebufos ni movimientos, imposible tal vez de conservar en la edad madura. Tal vez por ello aquel mosquitero se desvaneció una noche determinada para ceder su misión a un producto de droguería importado de Italia y que respondía al pintoresco apellido de su inventor,

**P**ERO al propio tiempo, el mosquito es algo así como la trompetería del verano, el minúsculo heraldo que esta estación del año lanza sin aspavientos para comunicarnos que algo va a cambiar en nuestro calendario. Hay varios otros heraldos del verano: el croar de las ranas bajo la luna, la cigarra soñolienta al mediodía, adormecida bajo el pinar. Y el murciélago incoherente de las anochecidas, ya próximo al otoño. Garabato negro en el aire, el murciélago ciego y sofisticado nos suscita la errabunda misión del tiempo, y pinta en el cielo con invisible carbón la decadencia de la luz hacia el otoño.

De todos ellos es el mosquito el madrugador, el anticipador del estío. Al son de su violín vamos cantando tristemente que el verano es verdaderamente cálido y largo; y esperamos oír el rumor de los grillos, y luego el croar de las ranas, hasta la aparición del nocturnal murciélago de los patios y de los pajares. ¡Cuánta distancia, de un año a otro, de un día a otro, de una a otra eventualidad! Seamos objetivos y sin prevención alguna confesemos que el cálido verano acaba de nacer.

La irrupción del verano se nos manifiesta todos los años por una serie de fenómenos sorprendentes, el primero de los cuales es, naturalmente, el calor; el segundo de los fenómenos por los que el verano se manifiesta es el ruido. El frío actúa de amortiguador; el calor, en cambio, es estruendoso. El aire del verano es un diapasón

un tal señor Zampironi. La pastilla de Zampironi era una diminuta pirámide chisporroteante que diluía por la estancia un agradable olor, mientras tardaba en arder y consumirse el tiempo exacto de perder el sentido y hundirse uno en el sopor nocturno. Nuestros sueños con Zampironi ya estuvieron injertados de imágenes más concretas y sensoriales, y por ello la palabra Zampironi y el olor de las pastillas y la pirámide de ceniza que quedaba al día siguiente —como si el fuego hubiera pasado por ella con un soplo— nos hacen situar su acción en un remoto tiempo de hallazgos vitales, de adolescente impulso y libertad.

Ni Zampironi, ni mosquitero valdrían seguramente contra esos mosquitos de hoy, quizá porque el mosquito, con su afinado violín, está hecho a la medida de cada sueño. Y quizá el sueño que nos corresponda ahora es batallar de pie, sin sonrojadura pero con cansancio, con una pieza de ropa en la mano, contra las paredes y contra los techos, en una actitud no empedernida, pero sombría.

de todos los estruendos. El verano es, pues, ruidoso, además de caluroso.

Pero no le llamemos todavía verano a eso. Guardemos a que el verano nos ponga a todos en mangas de camisa y a que la plenitud del gozo veraniego la entendamos con envidia hacia aquel que se sienta de noche en el portal de su casa, armado de un pai-pai de cartón y con un botijo de agua fresca. No le llamemos todavía verano mientras suenan aún los cohetes y estallan las bengalas de las últimas verbenas. El ánimo verbenero no es todavía la flor del verano, sino una especie de viaje en «carrousel».

Ya vendrá más tarde el sopor y el no saber moverse. Ahora, aunque el verano existe, limitémonos a echar al aire, sin malicia, la maravilla de un cohete, para que se vea el cielo un poco verde, azul y morado. ¡Ojalá pudiéramos, como con la ropa, cambiar y ponernos en verano un corazón veraniego! Este, indeciso al principio, alcanzaría a llevar hacia arriba la estela radiante de una luz mortecina, pero implacable, disuelta al fin en unas luminarias, hasta perderse sobre el mar. Hagámosto antes de que la turbulenta oleada turística nos agobie, aunque estemos en su venida un signo de bienandanza. Mas esos primeros días del verano podemos considerarlos como nuestro propio y particular veranillo y aspirar todavía el aire que refresca, un poco lejos de las cosas, en nuestro pequeño y vulnerable reducto individual.